

Así es que cuando, á fuerza de ruegos, obtuvo su perdón, y el jardinero—¿no os he dicho que era un filósofo?—consintió que volviese á vivir con él, aquella vuelta al hogar conyugal tuvo todos los aspectos misteriosos y dramáticos de una fuga. Positivamente hizo que su marido la robase. Fué su último goce de culpable. Una noche que el poeta, hartó de la vida en común y muy orgulloso con su bigote, ya crecido de nuevo, se fué á una reunión á recitar su *Credo del Amor*, ella se metió en un carruaje, en el cual la esperaba su marido en la esquina de la calle, y así regresó á su jardincito de Auteuil, curada para siempre de la ambición de ser la mujer de un poeta...

¡Es verdad que aquel poeta era tan poco poeta!



LA TRANSTIBERINA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO



LA TRANSTIBERINA

El estreno acababa de concluir. Mientras que el público, de diversas maneras impresionado, se precipitaba hacia la calle, ondulando á la luz del gas del gran vestíbulo del teatro, algunos amigos, entre los cuales estaba yo, esperaban al poeta á la puerta del escenario para felicitarle. Su obra no había tenido, sin embargo, grande éxito. Demasiado difícil para la imaginación tímida y vulgar del

público de ahora, se salía del cuadro de la escena, ese límite de los convencionalismos y de las libertades permitidas. La crítica pedante había dicho: «¡Esto no es teatro...!» y los guasones del boulevard se vengaban de la emoción que acababa de producirles aquellos magníficos versos, diciendo: «¡Esto no dará un cuarto...!» Nosotros estábamos orgullosos de aquel amigo nuestro, que se había atrevido á hacer sonar, zumbiar sus bellísimos versos de oro, todo el enjambre de su colmena, alrededor del ficticio sol de la araña, y á presentar personajes del natural, sin importarle la óptica del teatro moderno, ni los turbios cristales de los gemelos, ni los malos ojos.

Entre los maquinistas, los bomberos, los coristas arropados con sus bufandas, el poeta se acercó á nosotros, encorvando su elevada estatura, y el cuello del gabán levantado para resguardarse del frío, y abrigar su pobre barba y sus cabellos ya grises. Tenía el aspecto triste. Los aplausos de los alabarderos y de los literatos, relegados á un rincón del teatro, le predecían un número muy limita-

do de representaciones; los espectadores escogidos y escasos, el cartel pronto variado, sin dejar tiempo á su nombre para imponerse. Cuando se ha trabajado durante veinte años, cuando se está en plena madurez de talento y de edad, esa resistencia del público á comprenderle á uno, tiene algo de abrumador y desesperante. Acaba uno por decirse: «Tal vez tengan razón». Se tiene miedo; ya no se sabe qué pensar... Nuestras aclamaciones, nuestros apretones de mano entusiásticos, le confortaron un poco. «¿De veras creéis...? ¿Conque resulta bien...? La verdad es que he hecho todo cuanto he podido.» Y sus manos, ardorosas por la fiebre, se agarraban á las nuestras con inquietud; sus ojos, arrasados en lágrimas, buscaban una mirada sincera y tranquilizadora. Era como la angustia suplicante del enfermo preguntando al médico: «¿No es verdad que no me moriré?» ¡No, poeta, no morirás! Las operetas y las pantomimas que alcanzan centenares de representaciones, que tienen millares de espectadores, se habrán olvidado bien pronto, habrán volado del car-

tel, mientras que tu obra será siempre joven y viva...

Mientras en la acera desierta estábamos exhortándolo, reanimándolo, se oyó una voz enérgica de contralto, con marcado acento italiano:

—¡Eh! artista; basta de poesía... Vamos á comernos el guisado.

Al mismo tiempo, una señora gorda, envuelta en una nube y en un mantón de cuadros encarnados, cogió del brazo á nuestro amigo con un movimiento tan brutal, tan despótico, que se notó en seguida, en su fisonomía y en su actitud, la turbación que le causaba.

—Mi mujer, nos dijo; y volviéndose hacia ella con una sonrisa de vacilación:

—¿Los convidamos para que vean cómo haces tú el estofado?

Halagada en su amor propio de cocinera, la italiana consintió bastante graciosamente en recibirnos, y nos marchamos cinco ó seis con ellos para ir á comer carne estofada allá en las alturas de Montmartre, donde vivían.

Confieso que sentí cierto deseo de conocer la casa de aquel artista. Nuestro

amigo vivía, desde que se casó, muy retirado, y casi siempre en el campo; pero lo que yo conocía de su vida despertaba mi curiosidad. Hacía quince años, cuando estaba en todo el fervor de una imaginación romántica, había conocido en los alrededores de Roma á una arrogante joven, de quien se enamoró perdidamente. María Asunción vivía con su padre y toda una nidada de hermanos y de hermanas en una de aquellas casitas del Transtevere, que tienen los cimientos metidos en el Tiber, y una lancha de pescar, vieja, amarrada á las tapias. Un día vió á aquella hermosa italiana con los pies desnudos en la arena, con su saya encarnada de estrechos pliegues, con las mangas del corpiño remangadas hasta los



hombros, sacando anguilas de una red. Las escamas relucientes, entre las mallas llenas de agua; el río que parecía de



oro; la saya encarnada; aquellos hermosos ojos negros, profundos, pensativos, que contrastaban con la radiante luz que todo lo rodeaba, deslumbraron al artista, acaso de una manera algo vulgar, como si fuese la estampa de un libro, vista en el escaparate de un editor de música. Por casualidad la muchacha tenía el corazón libre, porque no había amado todavía más que á un gato regalón y rubio, gran pescador de anguilas

también, al cual se le erizaba el pelo cuando alguien se acercaba á su ama.

Nuestro enamorado consiguió apoderarse de toda aquella gente, animales y personas; se casó en Santa María del Transtevere, y se trajo á Francia á la hermosa Asunción y á su *cato*...

¡Ah, *povero!* Lo que debió traerse también fué un rayo de sol de aquella tierra, un pedazo de cielo azul, la excentricidad del traje y las aguas del Tiber, y las grandes redes del *Ponte Rotto*: todo el cuadro con la imagen! Entonces no hubiera experimentado la terrible desilusión que sufrió cuando, instalado el matrimonio en un piso cuarto, allá en lo último de Montmartre, vió á su bella italiana me-



tida en un vestido de volantes, adornada con un sombrero parisiense, el cual, siempre mal equilibrado sobre el edificio de sus abundantes trenzas, tomaba actitudes completamente independientes. A la fría y terrible claridad de los cielos de París, el infeliz advirtió bien pronto que su mujer era tonta, irremisiblemente tonta. Sus hermosos ojos negros, perdidos en contemplaciones infinitas, no llevaban ni un solo pensamiento en sus ondulaciones de terciopelo. Reflejaban, como los de un animal, la tranquilidad de la digestión, y nada más. Además, la señora era grosera, rústica, habituada á manejar á bofetadas á toda la gente de su cabaña, y la menor resistencia le producía terribles accesos de cólera.

¿Quién hubiera dicho que aquella boca deliciosa, contraída cuando callaba en la más pura forma de las caras antiguas, se abría de repente para dejar escapar las injurias á borbotones, presurosas, tumultuarias?... Sin respeto á sí misma ni á él, en medio de la calle, en pleno teatro, le armaba camorra, le provocaba esce-

nas terribles de celos. Para que todo fuese completo, no tenía ni el menor sentimiento de las cosas artísticas; vivían en una ignorancia absoluta de la profesión de su marido, de la lengua, de los usos, de todo. El poco francés que le enseñara no le sirvió más que para hacerle olvidar el italiano, y para componer una especie de jerga extraña, que era altamente cómica. En resumen: aquella historia de amor, comenzada como un poema de Lamartine, concluirá como una novela de Champfleury... Después de haber procurado durante largo tiempo civilizar á su bravía compañera, el poeta se convenció de que era necesario renunciar á esa empresa. Demasiado honrado para abandonarla, adoptó el partido de enclaustrarse, de no ver á nadie, de trabajar mucho. Los pocos amigos íntimos á quienes había admitido en su casa, advirtieron que estorbaban, y no volvieron. Así vivía hacía quince años: encerrado en su casa como un apestado...

Pensando en esa miserable existencia, contemplaba yo la extraña pareja que caminaba delante de mí. Él, flaco, alto,

un poco encorvado. Ella, cuadrada, ancha, fornida, sacudiendo con los robustos hombros el mantón, que le estorbaba; independiente en su manera de an-



dar, que parecía la de un hombre. Estaba muy alegre; hablaba alto, y de vez en cuando volvía la cabeza para ver si los seguíamos, llamando á aquellos de nosotros á quienes conocía, en voz muy alta, familiarmente, por sus nombres, y ayu-

dándose para darse á entender con movimientos hombrunos, como hubiese hecho manejando la lancha de pesca en el Tiber. Cuando llegamos á su casa, el portero, furioso al ver entrar á hora tan desusada aquel grupo alborotador, no quería dejarnos subir. Entre él y la italiana hubo en la escalera una escena terrible. Nosotros estábamos



todos colocados en los escalones, medio iluminados por el gas, aburridos, violentos, sin saber si debíamos volver á bajar.

—Venid pronto, subamos, nos dijo el poeta en voz baja; y nosotros lo seguimos silenciosamente, mientras la italiana, apoyada en la barandilla, que apenas podía resistir su peso y su cólera, lanzaba una granizada de injurias, en la cual las imprecaciones romanas alternaban con el vocabulario de los boulevares exteriores. ¡Qué entrada en su casa para el poeta que acababa de agitar á todo el París artístico y conservaba aún en sus febriles ojos el resplandor del estreno de su obra! ¡Qué vuelta á la vida, tan humillante!...

Hasta que nos vimos cerca de la chimenea de su saloncillo no se disipó el frío glacial causado por aquella estúpida aventura, y pronto no hubiéramos pensado ya en ello, si no hubiera sido por la voz chillona y las carcajadas groseras de la *signora*, que estaba en la cocina contando á su criada la manera que había tenido de despabilar á aquel *chulato*... Cuando la mesa estuvo puesta y la cena preparada, vino á sentarse con nosotros sin chal, sin sombrero ni velo, y pude contemplarla á mi sabor. Ya no era

guapa. La cara, cuadrada; la barba, abultada, gorda; los cabellos entrecanos y fuertes, y, sobre todo, la expresión vulgar de la boca, contrastaban singularmente con la eterna y estúpida melancolía de sus ojos. Con los dos codos apoyados en la mesa, familiarmente, groseramente, se mezclaba en nuestra conversación, sin perder de vista su plato. Precisamente encima de su cabeza, orgulloso en medio de las vejeces del salón, se destacaba un gran retrato, firmado por un hombre ilustre: era María Asunción á los veinte años. El traje, de vivo color escarlata, el blanco lechoso de su camisolín plegado; el oro brillante de las alhajas, abundantes y falsas, hacían resaltar magníficamente el brillo de su tez tostada, la sombra aterciopelada de sus ásperos cabellos, peinados sobre la frente y unidos por casi imperceptible vello á la línea soberbia de las cejas. ¡Cómo tanta exuberancia de hermosura y de vida había podido llegar á tanta vulgaridad!...

Y con mucha curiosidad, mientras la italiana hablaba, yo interrogaba su her-

mosa mirada, profunda y dulce, retratada en el lienzo.

El calor de la mesa la había puesto de buen humor. Para reanimar al poeta, á quien su glorioso fracaso tenía entristecido, ella le daba grandes manotones en



la espalda, reía á mandíbula batiente y decía en su horrorosa jerga, que no valía la pena de por tan poca cosa meter la cabeza debajo del *campanile del domo*.

—¿No es verdad, *cato*? añadía volviéndose hacia el gato maltés, lleno de reumatismo, que roncaba delante de la chimenea. Luego, de repente, en medio de una discusión interesante, gritaba á su

marido con voz brutal, como disparo de escopeta:



—¡Eh, artista!...
la lámpa que fila!

Rápidamente el infeliz se interrumpió para arreglar la luz de la lámpara, humilde, sumiso, deseoso de

evitar la escena que temía, y que, á pesar de todo, no pudo evitar.

Al volver del teatro nos habíamos detenido en la *Casa de Oro* para tomar una botella de vino bueno con que rociar el *estufato*. Todo el camino María Asunción la había llevado religiosamente debajo del mantón, y al llegar la colocó encima de la mesa, y allí la acariciaba con mirada enternecida, porque las romanas son aficionadas al buen vino. Dos ó tres veces ya, desconfiando de las distracciones de su marido y de sus brazos larguiruchos, le había dicho:

—Ten cuidado con la *boteglia*... Vas á romperla.

Y al ir á la cocina para sacar el estofado, volvió á gritarle:

«Sobre todo, no rompas la *boteglia*.»

Desgraciadamente, en cuanto su mujer no estuvo allí, el poeta aprovechó el tiempo para hablar de arte, de teatro, de los éxitos, tan libremente, con tanta verbosidad y entusiasmo que... ¡patatrás! Al hacer un ademán más elocuente que los otros, la botella se hizo mil pedazos y se derramó en el suelo. Jamás

había yo visto un aturdimiento semejante. Se detuvo, se puso muy pálido... Al mismo tiempo rugió la voz de contralto de la italiana en la habitación contigua, y la italiana apareció con los ojos echando fuego, el labio contraído por la rabia, roja del color de la hornilla.

—¡La *boteglia*! rugió con voz terrible.

Entonces él tímidamente se inclinó á mi oído:

—Dí que has sido tú...

Y el pobre diablo tenía tanto miedo, que por debajo de la mesa sentía yo temblar sus piernas...

